

Desaprender para transformar: una reflexión humana sobre el rol docente

Quiero invitar a cada persona que lea este artículo, sea o no docente, a reflexionar sobre un tema profundo y necesario: vivimos en un mundo que nos ha enseñado mucho a aprender, pero muy poco a desaprender.

Cada persona puede tener una mirada diferente sobre la educación. Desde mi experiencia he llegado a nombrar este camino como un “mundo mágico”.

Lo llamo así porque siento que la educación es una travesía llena de caminos misteriosos, construidos por situaciones cotidianas que se convierten en momentos extraordinarios; espacios comunes que, al compartirlos, se transforman en rincones especiales, donde seres únicos y con brillo propio nos entregan lo más valioso que tienen: su esencia.

Claro que no todo es fácil ni perfecto. También hay días difíciles, con cansancio, despedidas, momentos de oscuridad. Pero, incluso en medio de esos desafíos, siguen apareciendo personas con vocación, con corazones dispuestos a transformar vidas y a acompañar procesos, respetando lo más importante: la individualidad de cada ser.



Estoy segura de que muchos pueden identificarse con esta visión. Estamos acostumbrados a que los estudiantes sean el centro de muchos análisis educativos, y con justa razón, pero hoy propongo detenernos un momento y mirar al docente como protagonista. ¿Qué pasaría si, solo por esta vez, hablamos de su recorrido como un verdadero proyecto de vida?

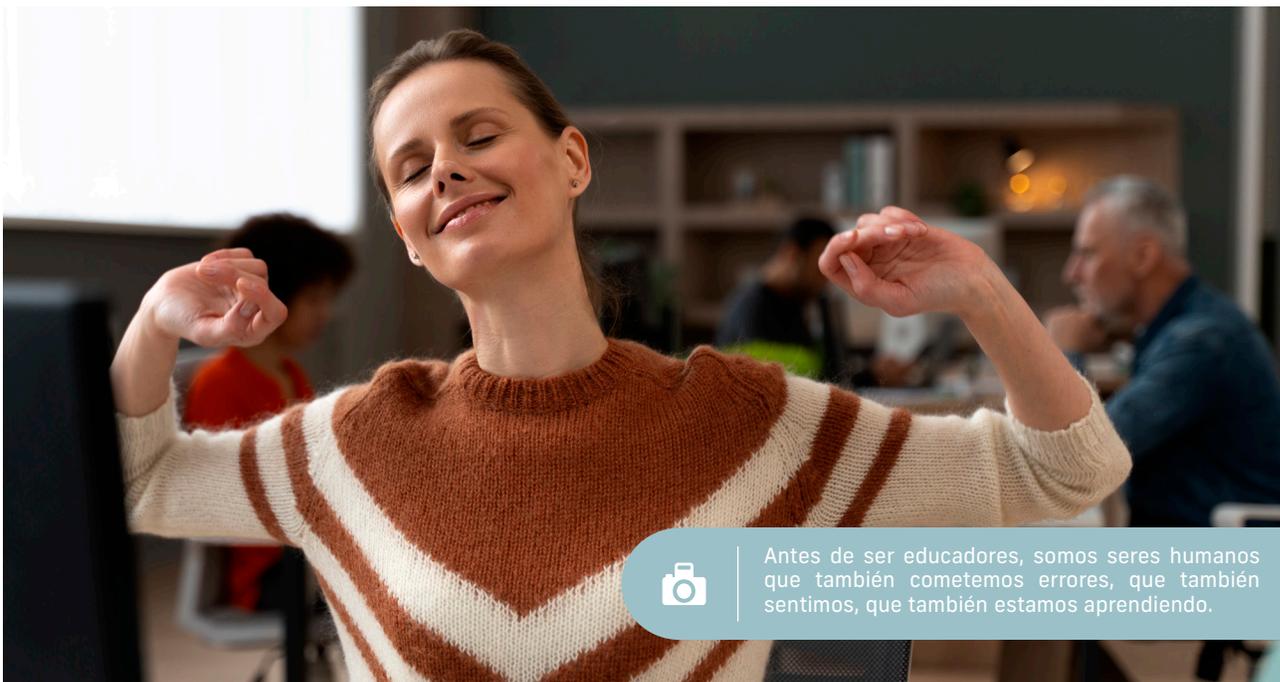
Sin darnos cuenta, dejamos de lado algo esencial: conocernos, hacer pausas y abrirnos a nuevos aprendizajes, que no solo nos beneficien profesionalmente, sino que también nos ayuden a crecer como personas.

Detrás del título profesional, el docente también es una persona natural, que responde a las exigencias de una sociedad que espera pensamiento crítico, flexibilidad, experiencia, sensibilidad emocional y una gran capacidad de adaptación.

Pero... ¿qué pasa si no logramos cumplir con todas esas expectativas? ¿En qué lugar quedamos?

A lo largo de nuestra formación nos han dicho que podemos aprender de otros, de nosotros mismos, del entorno.

Pero, con tanta sobrecarga de información, con tan poco tiempo o simplemente con la sensación de no saber por dónde empezar,



Antes de ser educadores, somos seres humanos que también cometemos errores, que también sentimos, que también estamos aprendiendo.

muchas veces terminamos abrumados.

Y así, sin darnos cuenta, dejamos de lado algo esencial: conocernos, hacer pausas y abrirnos a nuevos aprendizajes, que no solo nos beneficien profesionalmente, sino que también nos ayuden a crecer como personas.

Me gustaría conocer las experiencias de otros colegas, especialmente de quienes hoy enfrentan uno de los mayores desafíos de la educación actual: el desarrollo socioemocional de los estudiantes.

A veces nos encontramos con situaciones en las que, más allá del contenido académico, debemos acompañar a un alumno a regular sus emociones, canalizar su ira, organizar su energía... Y ahí, en medio de todo eso, la mente se llena de preguntas:

¿Cómo hago todo esto? ¿Estoy preparado? ¿Y si yo también estoy luchando con lo mismo? Sí, somos adultos. Sí, somos profesionales. Pero también somos

humanos. ¿Y si nadie nos enseñó cómo manejar nuestras propias emociones? ¿Y si no hemos tenido el espacio para desaprender lo que ya no nos funciona, y volver a aprender desde un lugar más consciente?

Una vez escuché una frase que me marcó: “No puedes enseñar lo que no sabes o no has interiorizado”. Y es cierto. Tal vez en lo académico, si hablamos de teoría y técnicas, podemos lograrlo.

Pero cuando se trata de emociones, de vínculos, de contención... no basta con saberlo en papel. ¿Cómo enseño a respirar si nunca me enseñaron a hacerlo? ¿Cómo enseño a no reaccionar con agresividad si yo mismo no he trabajado mis propias reacciones?

Estamos acostumbrados a que los estudiantes sean el centro de muchos análisis educativos, y con justa razón, pero hoy propongo detenernos un momento y mirar al docente como protagonista.

Por eso, creo profundamente que parte esencial del rol docente es formarnos primero como personas. Antes de ser educadores, somos seres humanos que también cometemos errores, que también sentimos, que también estamos aprendiendo.

Y muchas veces, nuestros propios alumnos, nuestras experiencias y nuestro entorno son quienes más nos enseñan. Si aún no has sentido la necesidad de hacer una introspección, de mirar hacia dentro y cambiar, aunque sea una pequeña parte de ti, te invito a hacerlo.

A ser parte activa de un mundo que no solo cambia por rutina o por inercia, sino que trasciende por transformación. No se trata únicamente de seguir ciclos establecidos, sino de abrir caminos nuevos.

Desaprender no es olvidar lo aprendido, sino soltar lo que ya no nos ayuda, para poder mirar con otros ojos, crecer y acompañar a otros desde un lugar más genuino.